

Un día para no olvidar

Testimonio de mi pasada por el cuartel de la DINA de Simón Bolívar 8800

El 26 de diciembre de 1976, teniendo 19 años, fui detenido por Carabineros en mi domicilio en Las Condes. Era un domingo temprano en la mañana cuando mi padre me pidió que yo me fuera de la casa. Como le dije que no me iría salió en auto y sin decirme nada fue a la comisaría. Un conflicto anterior, de carácter generacional, había terminado con la presencia de Carabineros y donde un oficial me dio sermones para que me quedara tranquilo ya que, como me dijo, era “un privilegio tener un dormitorio con vista al Manquehue y estar estudiando en la universidad”.

Pero este día domingo llegó un grupo de carabineros con una actitud totalmente distinta. Un capitán y dos carabineros de tropa con metralletas entraron a mi dormitorio. Lo primero que hizo el oficial fue gritarme: “¡Párate conchetumadre!”. De inmediato comprendí que esta vez la denuncia tenía un carácter político (luego supe que mi padre les había dicho que tenía un mirista en la casa). “A ver los libritos, huevón”, me dijo, y empezó a tirar mis libros desde el estante hacia el suelo en el medio de la pieza. Como yo estudiaba ya el tercer año de sociología tenía un montón de libros y muchos de ellos eran de carácter social y político. “Literatura marxista”, decía mientras los tiraba. En un momento le dije, “perdón, ese libro que acababa de tirar no puede ser marxista, pues es del Marqués de Sade, quien existió harto tiempo antes que Marx”. Como lo había dejado como ignorante frente a sus subalternos, tomó el libro *Escritos filosóficos y políticos* del Marqués de Sade y lo tiró de vuelta al estante con mucha violencia. Entonces empezó a observar con mayor cuidado y fue así como no se atrevió a tirar un libro titulado *Para leer al Pato Donald*, el cual sí se podría decir que es marxista, pues es un análisis crítico de la penetración ideológica del imperialismo a través de las series de Walt Disney. Fueron los dos únicos libros que se salvaron, pues los demás se los llevaron todos (llegarían conmigo más tarde hasta el cuartel de la DINA).

De la casa me llevaron en un furgón de Carabineros (una “cuca”) a la 24ª Comisaría, en Las Tranqueras. No eran las nueve de la mañana todavía. En el vehículo se me ocurrió sacar mi agenda y le arranqué rápidamente una página en la que tenía nombres de personas de la Vicaría y me la tragué. Los pacos empezaron a pegarme y detuvieron el vehículo. El oficial, que iba adelante, dio la orden de que me esposaran y me tiraran al suelo. Así continué el viaje en el piso del furgón junto a mis libros.

Al llegar a la comisaría me llevaron directamente a la sala de oficiales y mi ingreso no quedó registrado en ninguna parte, lo que ya me empezaba a indicar lo que vendría. Uno de los oficiales de más grado (de unos 40-45 años) dijo que él tenía un amigo que trabajaba en la DINA. Salió a llamar por teléfono y cuando volvió dijo que me vendría a buscar la DINA. Los oficiales me hacían preguntas bastante agresivas, pero no me golpearon. Yo no les contesté sus preguntas y les dije que no tenía sentido que les contestara si es que además iba a ser interrogado en otro lado. De repente un oficial que miraba por la ventana dijo “ahí llegaron”. Me puse de pie para mirar y antes de que me bajaran y me sentaran de nuevo alcancé a ver un auto Chevrolet Opala o Nova de color rojo entrando al estacionamiento.

Luego entró a la sala un agente de la DINA de unos 35-40 años, de rasgos muy comunes por lo que es difícil describirlo. El comportamiento entre él y los oficiales fue muy natural, tan natural que no recuerdo cómo se saludaron (o incluso si es que se saludaron). El agente pidió

una venda para ponerme, pero como en la comisaría no tenían vendas trajeron algo así como una tira de género delgada, la que apenas llegamos al cuartel de la DINA me la cambiaron por otra más ancha. Uno de los oficiales, que había quedado molesto con mi respuesta un rato antes, le dijo al agente de la DINA: “Va a hablar con ustedes, pues dice que él habla una sola vez”. No era lo que yo había dicho, pero lo dijo así, como vengándose.

Vendado y esposado a la espalda me llevaron de la comisaría al auto. Al caminar sentí que la piel en el cuello se me congelaba, es decir empecé a sentir miedo. Ahora iba solo con la DINA, con rumbo desconocido y sin que nadie supiera. Me pusieron en parte en el piso y en parte recostado sobre el asiento trasero y luego me taparon con una frazada. Con la cabeza sentía el arma que uno de los agentes tenía en su cintura.

1. Sé que la DINA me llevó a un cuartel en La Reina alta porque:

- el vehículo, desde Ñuñoa, siguió hacia el oriente (yo podía deducir el rumbo orientado por el lado que el sol calentaba la frazada con la que me habían tapado).
- tirado en el piso del vehículo sentí cuando pasamos sobre el lomo que hace el puente sobre el canal San Carlos.
- al bajarme escuché avionetas hacia el poniente (también orientado por el sol).

Conociendo sólo la existencia de la Villa Grimaldi en aquella zona creí durante 38 años haber pasado por ahí (incluso aparezco en la lista de sobrevivientes de la Villa). Pero cuando visité la Villa Grimaldi en julio de 2014 (después de 31 años de haber salido de Chile) y vi el recinto me dí cuenta que no era allí donde yo había estado. Había cosas de la Villa que no me calzaban con lo que yo había vivido el 26 de diciembre de 1976.

2. Lo que me dice que yo no estuve en Villa Grimaldi, después de haberla conocido en 2014:

- *Los accesos:* El cuartel donde yo estuve tenía una entrada por el lado norte (ver el último punto al final de esta narración) y un gran portón negro (de salida en mi caso) por el lado sur, que daba salida a una calle (una calle con cunetas y con murallones de otras propiedades). Esto fue decisivo para dudar: Villa Grimaldi no tenía salida hacia el sur y menos salida a una calle (no hay ni hubo una calle propiamente tal por el lado sur).
- *El terreno:* No tengo ningún recuerdo de que el vehículo en que llegué haya subido la inclinación que hay para entrar al recinto, pues la Villa Grimaldi está casi un metro más alto que la avenida Arrieta.
- *El tamaño:* Las distancias en la Villa Grimaldi son más pequeñas que las que yo viví en mi lugar de detención en 1976. La vuelta dada por el vehículo en que llegué desde la entrada al recinto hasta que me bajaron era mayor que el espacio que hay en la Villa Grimaldi entre la entrada de Arrieta hasta donde quedaba la casa misma. Además, por lo que anduve a pie y en auto, puedo asegurar que el lugar donde yo estuve era más largo que la Villa.
- *Las edificaciones:* El cuartel donde yo estuve tenía al parecer más edificaciones que la Villa Grimaldi, entre ellas una edificación directamente por el lado oriente, cerca de la entrada norte.

Pero el lugar al que fui conducido, al igual que la Villa Grimaldi, también quedaba en La Reina, tenía el aeródromo de Tobalaba por el poniente y se entraba al recinto desde el lado norte

(todo eso también calza con el cuartel Simón Bolívar). Es más, por las descripciones hechas del cuartel Simón Bolívar son más las coincidencias con ese cuartel que con la Villa Grimaldi.

Fue en octubre de 2016, cuando leí el libro *La danza de los cuervos: el destino final de los detenidos desaparecidos* de Javier Rebolledo (Editorial Planeta 2016, edición original 2012), que descubrí que en 1976 yo fui llevado al cuartel Simón Bolívar y no a Villa Grimaldi, el cual está ubicado en la misma zona de La Reina. En ese libro, basado en entrevistas hechas al ex agente de la DINA Jorgelino Vergara Bravo (“el Mocito”) que se desempeñó en el cuartel Simón Bolívar, hay diversas descripciones de ese cuartel. En base a ellas elaboré un bosquejo del cuartel que está como anexo nº 2 al final de estas narraciones. Ese bosquejo calza perfectamente con el que yo había hecho anteriormente de mi pasada por el cuartel (anexo nº 3) y que entregué hace años a la *Corporación Parque por la Paz Villa Grimaldi*, en la convicción de que yo había pasado por ahí.

3. Lo que viví ese 26 de diciembre y que me dice que yo estuve en el cuartel Simón Bolívar:

- Cuando me trasladaban desde la comisaría los agentes de la DINA dieron vueltas en auto tratando de desorientarme. En aquella época yo conocía Santiago muy bien, especialmente Las Condes y Ñuñoa, y por eso no habían logrado despistarme completamente. Yo calculaba que estábamos en Ñuñoa cuando uno de ellos se bajó del vehículo y le preguntó a un peatón que dónde quedaba la calle Echeñique, pues al final andaban ellos mismos un poco perdidos. Yo creo que los agentes no se dieron cuenta que yo podía escuchar estando vendado y tapado con una frazada en el piso adentro del vehículo. Por el recorrido que hicieron después de eso calculo que cuando preguntaron íbamos por Estrella Solitaria o por Simón Bolívar hacia el oriente, poco antes de llegar a Avenida Ossa.
- Luego siguieron hacia el oriente y yo sentí la pasada sobre el puente del canal San Carlos, unos minutos antes de llegar a destino. Es bastante coincidental que hayan preguntado por la calle Echeñique y que luego hayan subido hacia el oriente por la misma calle Echeñique y que me hayan ingresado al cuartel Simón Bolívar por ese lado, ya que el recinto del cuartel tenía comunicación con la calle Echeñique por el norte, como explico más adelante.
- Adentro del recinto había espacio suficiente para que el vehículo hiciera un medio círculo antes de detenerse. Me bajaron del vehículo y escuché avionetas hacia el poniente. Además, escuché árboles de hoja, que los sentí como que fueran álamos. En *La danza de los cuervos* (p. 157) dice que, hacia el fondo, es decir hacia el norte, había paltos, naranjos y nogales (las hojas de los paltos y de los nogales pueden sonar muy parecido a las de los álamos). Este recinto tenía varias edificaciones. Sobre ello dice Jorgelino Vergara que no había un edificio único, sino que el cuartel tenía distintas instalaciones (*La danza de los cuervos*, p. 110).
- Me llevaron caminando y esposado unos metros hacia el oriente hasta llegar frente a una edificación. Ahí esperé unos minutos junto a un agente que me hacía guardia, mientras me tenían parado contra una muralla. Me dio la impresión de que no habían decidido a dónde yo iría así es que uno de los agentes fue a averiguar qué harían conmigo. Cuando volvió me cambiaron la cinta de la vista por una venda grande y ancha. Me la pusieron bien apretada y me llevaron de vuelta unos metros hacia el poniente y luego caminamos otros metros hacia el sur, donde entramos a un local.
- Yo calculo que había unos 20 metros desde la entrada al recinto hasta este local o instalación, al que también recuerdo que entramos por el lado norte. Esta instalación

estaba ubicada un poco hacia la derecha (hacia el poniente) desde donde yo llegué (por el norte). En el libro *La danza de los cuervos* (p. 110) Vergara sitúa una instalación de este tipo (a la que él la llama “las oficinas”) al fondo a la izquierda, pero coincide con mi vivencia, pues él describe el recinto desde el sur hacia el norte.

- En este local, esposado y vendado, me sentaron en una silla y empecé a ser golpeado, principalmente con laques en la espalda. La habitación en que me tenían se sentía amplia. Mientras me preguntaban diversas cosas uno de los agentes escribía en forma permanente con un lápiz de mina, pues yo escuchaba el lápiz en el papel. Además de los agentes que me hacían las preguntas y que me golpeaban había un agente, que puede haber sido el mismo que escribía, que hacía preguntas sólo de vez en cuando, pero esas eran preguntas con un mayor grado de elaboración o de conocimiento. Los demás se quedaban callados cuando éste preguntaba, lo que me hace pensar que tenía más rango que los demás o alguna especialidad, como por ejemplo que hubiera sido psicólogo.
- No recuerdo si yo nombré a mi hermano Rodrigo a propósito de algo o ellos me preguntaron por él directamente. Rodrigo Medina Hernández, de 18 años, militante del MIR, estaba desaparecido hacía ya más de seis meses y los agentes me preguntaron por él, que dónde estaba, que la gente no desaparecía así no más, etc. Les contesté que ellos eran los que debían saber, pues el 27 de mayo lo había detenido la DINA. Me contestaron que ellos no tenían ni idea de él. A mí me pareció algo paradójal que ellos respondieran, pues no era yo el que interrogaba ese día.
- Leían cosas de mi agenda y me hacían preguntas: “aquí tenís anotada una hora al psicólogo, ¿por qué vai al psicólogo?” Respondí que sólo tenía estrés. Entonces el agente que parecía tener más conocimiento me preguntó “¿qué tipo de estrés tenís?”. Esto me hizo pensar que ese agente sabía algo de psicología.
- En un momento de este interrogatorio uno de los agentes tomó uno de mis libros, las *Cinco tesis filosóficas* de Mao Tse Tung, y leyó una línea en voz alta. Luego dijo: “Esta frase la tenís subrayada, ¿estai de acuerdo con esto?”. Hoy no recuerdo la frase misma, pero en ese momento sí la recordaba y le contesté que yo no estaba de acuerdo con ello y por eso lo había marcado con una cruz al margen (yo recordaba muy bien cómo lo había marcado en el libro). Lo que el agente no sabía era que justamente esa frase era un divisor de aguas entre diferentes interpretaciones dentro del mismo marxismo. “Ah! Entonces vos soi simpatizante no más”, dijo. “Sí, le contesté, así se podría decir”, sabiendo que mi estrategia ese día era no acusarme yo mismo de nada. Así encontré que “simpatizante” era una muy buena categoría.
- En algún momento trataron de quebrarme emocionalmente. Me habían preguntado si tenía polola y yo había respondido negativamente. Tampoco me habían encontrado dinero en mis bolsillos. Además, me sacaban en cara que había sido denunciado por mi propio padre: “Vos soi un pobre hueón”, me decían, “no tenís polola, no tenís plata, te denuncia tu viejo. Vos soi un pobre desgraciado”.
- Me decían: “algo de verdad tiene que haber en la denuncia de tu padre, pues no es posible que él haya inventado todo esto para puro irse de vacaciones”. A lo que les contesté que fueran a mi casa y vieran ellos mismos que él efectivamente se había ido. “Nosotros no estamos pal hueveo, él tendría que pagar por esto”. Bueno, les dije, arréglenlo con él, pues así es.
- Luego de haberme golpeado durante un par de horas, principalmente con laques, pero además algunas patadas y golpes de puño, de repente se quedaron todos en silencio y escuché que alguien venía entrando. Alguno dijo: “ahora sí que vay a hablar conchetumadre, porque ahora llegó el viejo, y con el viejo todos hablan”. Con esas

palabras me hicieron sentir miedo. Este “viejo” pidió que le pasaran un laque y comenzó a golpearme brutalmente sin siquiera preguntarme algo, hasta que caí al suelo. Me imagino ahora que leí el libro *La danza de los cuervos* que este “Viejo” puede haber sido Héctor Valdebenito Araya, el “Viejo Valde”. Un perro, como lo describe Jorgelino Vergara tanto en el libro de Rebolledo como en entrevistas en la televisión.

- Pero como no lograban obtener información que les interesara, en un momento uno de los agentes dijo “a la parrilla con este hueón”. Sin embargo, su proposición no tuvo eco, a pesar de que efectivamente había una parrilla apoyada en una muralla, la que vi por debajo de la venda en un momento posterior en que me trasladaron a una sala contigua. La sala de oficiales descrita en *La danza de los cuervos* tenía, además de escritorios, “una litera metálica parada a un costado” (p. 112). Es muy probable que ellos (o el jefe de ellos) presintiera ya que iban a tener que soltarme y por eso no me parrillaron.
- Fue en ese momento que les dije: “Bueno, si la única posibilidad para que ustedes me dejen de golpear es que yo les diga algo, no me queda entonces otra cosa que empezar a inventar historias”. Esta frase, junto al hecho de que ya me habían maltratado durante algunas horas sin obtener nada, resultó en que me dejaron de golpear.
- Casi todos los agentes se fueron y quedé solo con uno o dos agentes. Luego de un rato de esta tranquilidad llevaron un perro, creo que para medir mi reacción. Seguramente observaban cómo reaccionaba yo cuando, esposado de una mano a algo así como un poste y la otra esposada a la silla en que estaba sentado, sentí el pelaje de un perro grande que pasaba por mis brazos. Luego el perro me olió y me lamió las manos, lo que supongo era parte de un proceso intimidatorio. O de prueba. Afortunadamente no mostré temor, pues yo todavía no sabía que tenían tantos perros más enjaulados afuera.
- Con este momento de tranquilidad comenzó un tratamiento distinto. Uno de los agentes empezó a hacer el papel del bueno y me ofreció dar una pitiada al cigarrillo que él estaba fumando, cuando ya le quedaba lo último. Me acercó el pucho y, con cierto temor que me lo pusiera con la brasa hacia mis labios, le di una bocanada o dos. Le agradecí. Recuerdo que crucé algunas palabras con él, preguntándole algo así como su edad, pues era un hombre muy joven. Me contestó que era un par de años mayor que yo (si él era el Mocito lo dijo para despistarme, pues el mocito era en realidad casi dos años menor que yo, es decir que en ese entonces debiera haber tenido 17 ó 18 años). Le pregunté por qué él trabajaba ahí, pero no recuerdo más de este corto diálogo, fuera de que me contestó en forma evasiva.
- Curiosamente narra Jorgelino Vergara que Víctor Díaz le había hecho esas mismas preguntas cuando él le había servido comida en la navidad de 1976 (narrado por Vergara en el documental “El cuartel del horror (Simón Bolívar)”, *Informe Especial - 24 horas* de TVN y también en el libro *La danza de los cuervos*). Dos días más tarde de esa cena con Víctor Díaz, un agente que puede haber sido el mismo Vergara me servía un plato de comida en ese mismo cuartel y recibía de mí las mismas preguntas otra vez.
- Pues poco más tarde dos agentes me llevaron a una habitación colindante, más pequeña y que olía a cocina, para darme un plato de comida antes de soltarme, “para que no vayai a decir que aquí te tratamos mal y que no te dimos comida”, me dijo uno de los agentes. Creo que el otro, el que me dio la comida, era el mismo que había hecho el papel de bueno anteriormente ¿podría este haber sido el Mocito, quien era el encargado de la cocina en Simón Bolívar? Sin estar seguro de que realmente me soltarían decidí comerme el plato de comida.

- La comida que me dieron era una sopa similar al afrecho con un pedazo de grasa de vacuno en el medio y un trozo de pan duro. Esto lo pude ver porque me permitieron mirar el plato por debajo de la venda mientras me sujetaban la cabeza para que no fuera a levantarla y mirar hacia adelante. Me habían subido un poco la venda para que pudiera ver el plato, pues cuando me soltaron una mano de la esposa y me pasaron una cuchara para que comiera yo no encontraba el plato y había golpeado la mesa un par de veces con la cuchara buscándolo. Todo esto me indica que no era una rutina de ellos darle comida de esta forma a los detenidos.
- En el capítulo 27 del libro *La danza de los cuervos* (p. 217), se describe que había “una cocinita al lado de la oficina”. Una “cocinita” coincide con mi vivencia de que esa habitación era pequeña. El hecho de que yo estuve en las oficinas de los oficiales y el casino de oficiales, en el lado poniente del recinto (ver bosquejo al final de esta narración), puede explicar el hecho de que yo no escuché a otros detenidos, los que solían permanecer en los camarines según declaración de diversos ex-agentes.
- Desde esta cocina me sacaron de ese local. Caminé junto a un agente unos 20 metros hacia el sur. Fue ahí cuando pasamos junto a una o varias jaulas con perros que me ladraban agresivamente cuando caminábamos a lo largo de ellas (esas jaulas estaban a mi lado derecho, es decir hacia el poniente). Ya que al parecer no hay más relatos de detenidos que hayan visto o escuchado perros enjaulados indica que este es un cuartel del que no hay más narraciones.
- Luego me subieron a un auto y me sacaron la venda, poniéndome cinta adhesiva en los ojos y un par de lentes oscuros encima. El auto anduvo otros 20 metros hasta llegar a la salida sur. Sentado en el medio del asiento trasero incliné la cabeza un poco hacia atrás y pude ver hacia adelante por debajo de la cinta adhesiva y de los lentes. Un guardia, que estaba apostado al lado izquierdo de la salida (es decir hacia el oriente), caminó unos metros y abrió un gran portón negro (en la página 111 del libro *La danza de los cuervos* se describe este portón como entrada desde el sur y entonces la caseta de guardia está a la derecha).
- La salida daba a una calle propiamente tal, con cunetas y veredas. Por la vereda opuesta había un murallón pintado (no blanco, sino de un tono entre amarillo y naranja muy suave) y el vehículo dobló hacia la derecha, es decir hacia el poniente. Fue ahí cuando uno de los agentes, creo que fue el chofer, dijo: “cuidado, que está mirando ese hueón” y me presionaron la cinta en los ojos nuevamente. Todo esto coincide perfectamente con la salida del cuartel Simón Bolívar descrita por Vergara en el libro de Rebolledo.
- Antes de abandonarme en la rotonda de Colón con Tomás Moro, cerca de las tres de la tarde, uno de los agentes me dió unas monedas “para que pudiera tomar micro”. Luego me di cuenta de que se estaba burlando, pues lo que me dio no alcanzaba ni siquiera para un pasaje. Al bajarme del vehículo me dijeron que contara hasta cien antes de sacarme la cinta adhesiva de los ojos. Yo estaba contento de haber salido de ese lugar y, sin sentir que mi cuerpo estaba todo golpeado, caminé hasta la casa de una familia amiga.

4. Otros datos que me dicen que el cuartel donde estuve detenido era el cuartel Simón Bolívar:

- Según lo declarado por Vergara ante la Corte de Apelaciones (foja 22 del Cuaderno separado de “Conferencia 1”, de 20 de enero de 2007) “normalmente los detenidos de Lawrence permanecían en la oficina de interrogación y tortura no más allá de un día”. Yo estuve justamente en esas oficinas y no en los camarines, que es donde solían

tener a los otros detenidos. Asimismo, es probable que Ricardo Lawrence haya sido mi aprehensor, pues también era oficial de Carabineros y bien puede haber sido el conocido a quien llamó el oficial de la 24ª Comisaría para que me fueran a buscar. Además, afirma Vergara en diversas declaraciones que Lawrence usaba el “vehículo del servicio, un Chevrolet Nova rojo”, que es igual al auto que yo alcancé a divisar cuando la DINA me fue a buscar a la comisaría.

- En el libro *La danza de los cuervos* (p. 202) se narra que entre mayo y agosto de 1976 varios miembros del Partido Comunista pasaron por el Cuartel Simón Bolívar. “Todos fueron torturados y, finalmente, muchos asesinados”. Esto podría indicar que no todos los presos que pasaron por ahí fueron exterminados, lo que me hace pensar que existe la posibilidad de que también yo pudiera haber pasado por ahí.
- El agente de la DINA Luis Alberto Lagos Yáñez, que en aquella época prestaba servicios en el cuartel Simón Bolívar, declara en entrevista policial de 2007 refiriéndose a los detenidos en ese cuartel que algunos morían y “otros salían vivos, ya que se les veía salir sentados en autos atrás” (Ministerio de Justicia, Informe-10-vazquez-condena-conf2, p. 8031).
- En relación a sobrevivientes es difícil saber cuántas personas pueden haber salido con vida de ese cuartel. En una entrevista del periodista Tomás Mosciatti al “Mocito”, televisada por radio Bío-Bío en 2012, luego de la publicación del libro *La danza de los cuervos* de Javier Rebolledo, afirma Jorgelino Vergara que nadie, con una sola excepción, salió vivo de Simón Bolívar 8800. Tomás Mosciatti lo interrumpió en las dos oportunidades que Vergara iba a decir algo más respecto a esa excepción, y durante el resto del programa no se volvió nunca al tema. ¿Podría ser esa excepción un detenido como yo, que les cayó de repente, del cual ellos no sabían nada y que tuvieron que soltarlo finalmente? Es probable. Aunque en otra entrevista televisada en 2013 (en el programa *Mentiras verdaderas*) Vergara dice que la excepción fue un joven que cayó en una redada y que era sobrino de un agente del servicio de inteligencia de la FACH y por eso lo soltaron.
- En el libro *La danza de los cuervos* (p. 209) narra el agente Jorgelino Vergara que entre navidad y año nuevo de 1976 no hubo mucha actividad en el cuartel. Esto está acorde con el hecho de que yo no vi a nadie ni escuché a nadie más que a los agentes. Todo el local se sentía muy tranquilo. La forma de interrogarme fue lenta y prolongada, con tres o cuatro agentes simultáneamente, lo que puede ser producto de que ese día no tenían mucho “trabajo”.
- En el documental “El cuartel del horror (Simón Bolívar)”, *Informe Especial - 24 horas* de TVN, también se cuenta que había poca actividad en esa época, que antes de navidad había sólo 2 miristas y 11 comunistas detenidos (siendo la mayoría de ellos asesinados antes de navidad, como se desprende de la Acusación “Conferencia 2”, Corte de Apelaciones de Santiago, 2014).
- Hay varias cosas que me hacen pensar que los agentes de este cuartel, no tenían experiencia en un caso como el mío, donde no fueron ellos los que me buscaron y encontraron, sino que yo les llegué. Como no sabían que yo les iba a llegar ese día al entrar al recinto no sabían a dónde me llevarían. Además, no tenían experiencia de darle comida de esa forma a un detenido, ni tampoco en ponerle cinta adhesiva en los ojos para sacarlo en auto desde ahí. Eso me indica que un caso como el mío no estaba en su experiencia o en sus rutinas.
- Que había una entrada al recinto por el norte (por calle Echeñique) puede deducirse de lo explicado por Rebolledo al final del libro *La danza de los cuervos*. El terreno donde quedaba el cuartel Simón Bolívar, antes de tener la dirección de Simón Bolívar 8800

“era la parcela 82, sublotos 2 y 3 [los que] corresponden a dos fajas de terreno delgadas y paralelas que limitaban con Simón Bolívar al sur y al norte con ‘una futura calle en proyecto’. Aunque el predio no llega a avenida Echeñique, debió haber tenido una entrada por esa calle, ya que la dirección oficial inscrita a esa fecha no es Simón Bolívar 8800, sino Echeñique 8767” (*La danza de los cuervos* p. 261). Así se puede apreciar también en el registro de propiedad del Conservador de Bienes Raíces con fecha de compra en febrero de 1974 (Tomo XV, Episodio Conferencia 1, Cuaderno separado, foja 4199 y 4203). El lugar donde quedaba el cuartel Simón Bolívar, de Echeñique 8767 a Simón Bolívar 8800, lo he marcado en un mapa actual que adjunto a continuación (anexo nº 1).

- Desde la entrada norte hasta el local donde me introdujeron había unos 20 metros, el local mismo también tenía unos 20 metros, desde ese local hasta el estacionamiento caminé como 20 metros más y el auto anduvo otros 20 metros. Es decir, este recinto podría tener unos 80 metros de norte a sur. En *La danza de los cuervos* (p. 110) afirma Jorgelino Vergara que “era un terreno muy profundo, por lo menos unos setenta metros de profundidad”. Cuando visité el lugar donde quedaba este cuartel, en agosto de 2017, pude apreciar que entre Echeñique y Simón Bolívar debe haber poco más de cien metros.
- En el informe policial planimétrico (foja 4294 del tomo XV de Conferencia 1) se aproxima la profundidad del terreno del cuartel en 95 metros. Es decir que desde el gimnasio hasta calle Echeñique debía haber entonces unos 15 ó 20 metros, que fue donde el auto se dio la vuelta cuando me llevaron al cuartel.
- No deja de ser notable que Jorgelino Vergara, en su primera declaración policial, haya hecho unos bosquejos del cuartel con su puño y letra dibujándolo justamente desde la calle Echeñique hacia la calle Simón Bolívar, en el mismo sentido que yo lo viví, de norte a sur (foja 10 del Cuaderno separado de “Conferencia 1”, de 19 de enero de 2007).
- Mi vivencia de aquel día calza perfectamente con la maqueta del cuartel hecha por la PDI a partir de las declaraciones policiales de los agentes interrogados en el año 2007. A mí me ingresaron por el norte y luego de haberme puesto contra una instalación para cambiarme la venda cuando me bajaron (que puede haber sido el gimnasio, pues según algunas narraciones el gimnasio llegaba un poco más al norte que la casa principal donde estaban las oficinas de los oficiales) me ingresaron a la sala de torturas a). De ahí fui llevado luego al comedor c) donde me dieron un plato de comida y finalmente desde ahí me llevaron caminando hacia el sur hasta los estacionamientos (las letras a) y c) corresponden a la numeración de las instalaciones en la maqueta *Calle Simón Bolívar 8800 – La Reina*, anexo nº 4).

Todas estas razones indican que el recinto por donde yo pasé el 26 de diciembre de 1976 es con seguridad el cuartel Simón Bolívar. Una primera narración sobre estos hechos la hice en la *Vicaría de la Solidaridad* al día siguiente, el 27 de diciembre de 1976.

Entrego este testimonio a la *Fundación Museo de la Memoria y los Derechos Humanos* como material de archivo con el objeto de ser usado en la investigación y reconstrucción del pasado reciente.

Eduardo Medina

Eduardo Medina Hernández

Noviembre de 2016

(actualizado en septiembre de 2017 y agosto de 2018)

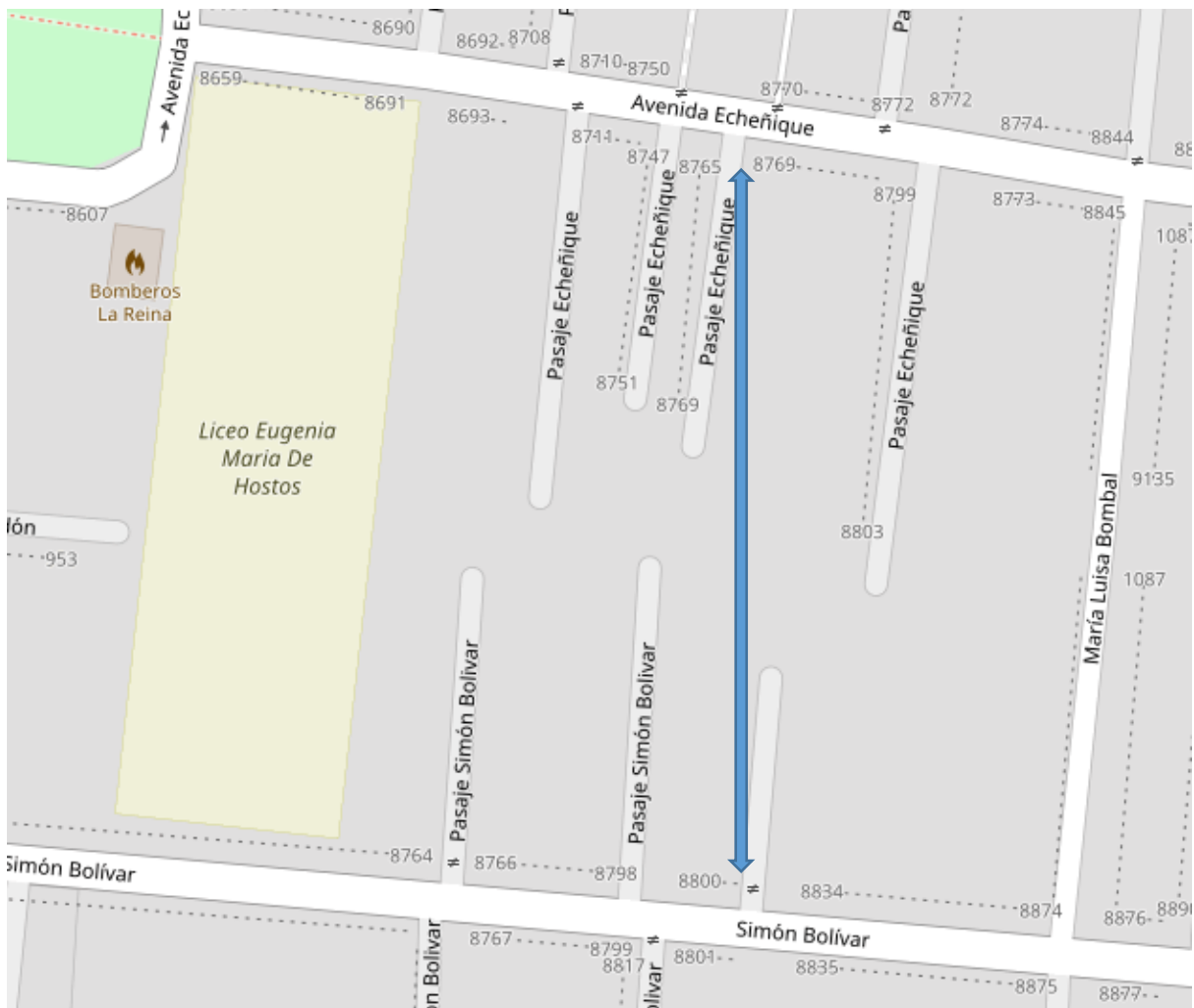
RUN 6.639.927-3

Residente en Suecia desde 1983

ANEXOS:

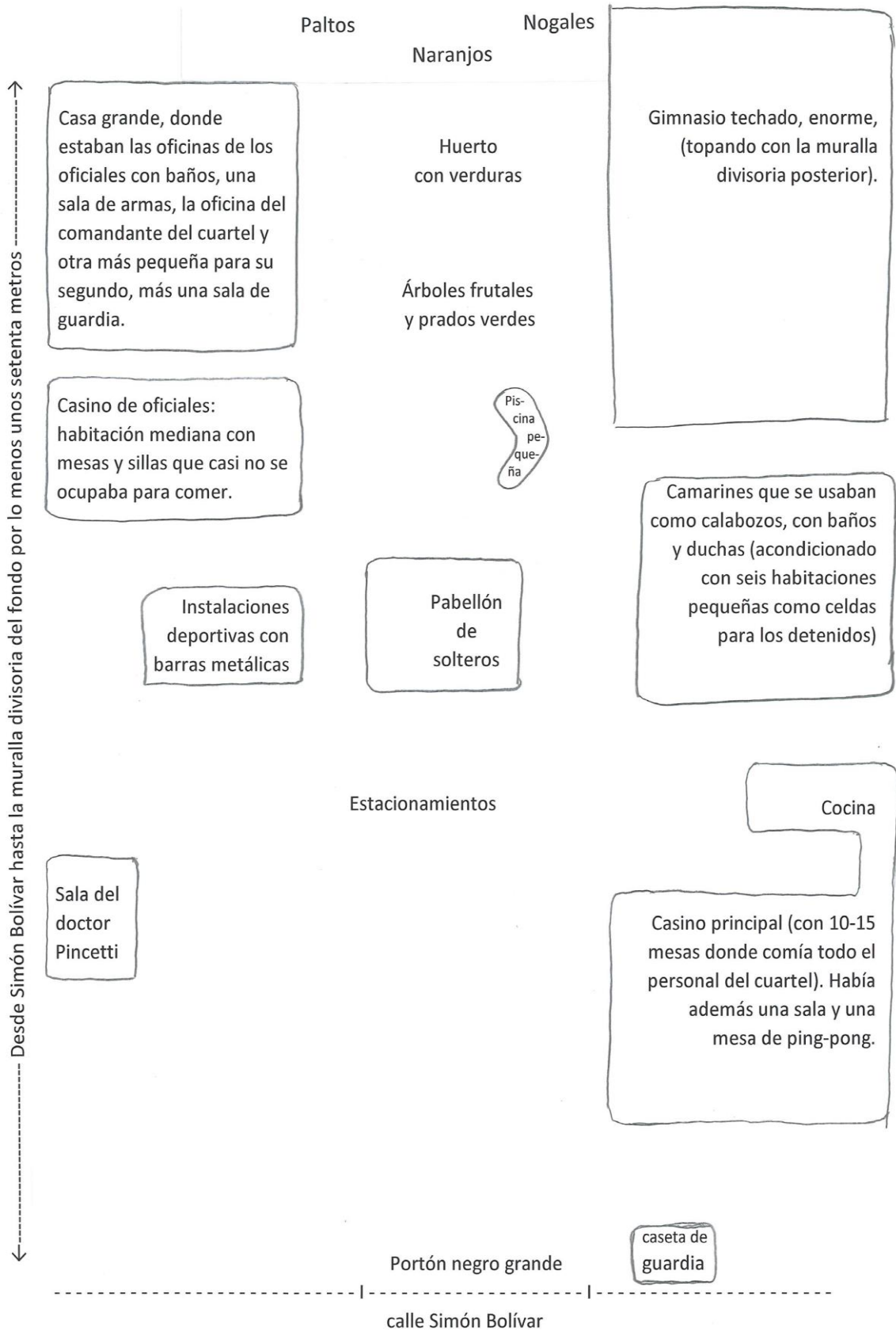
1. Ubicación del cuartel Simón Bolívar sobre un mapa actual
2. Reconstrucción del cuartel Simón Bolívar a partir del libro *La danza de los cuervos*
3. Bosquejo de mi pasada por el cuartel de Simón Bolívar en 1976
4. Maqueta *Calle Simón Bolívar 8800 – La Reina*, elaborada por la PDI en 2007

1. El cuartel Simón Bolívar llegaba desde Echeñique 8767 hasta Simón Bolívar 8800



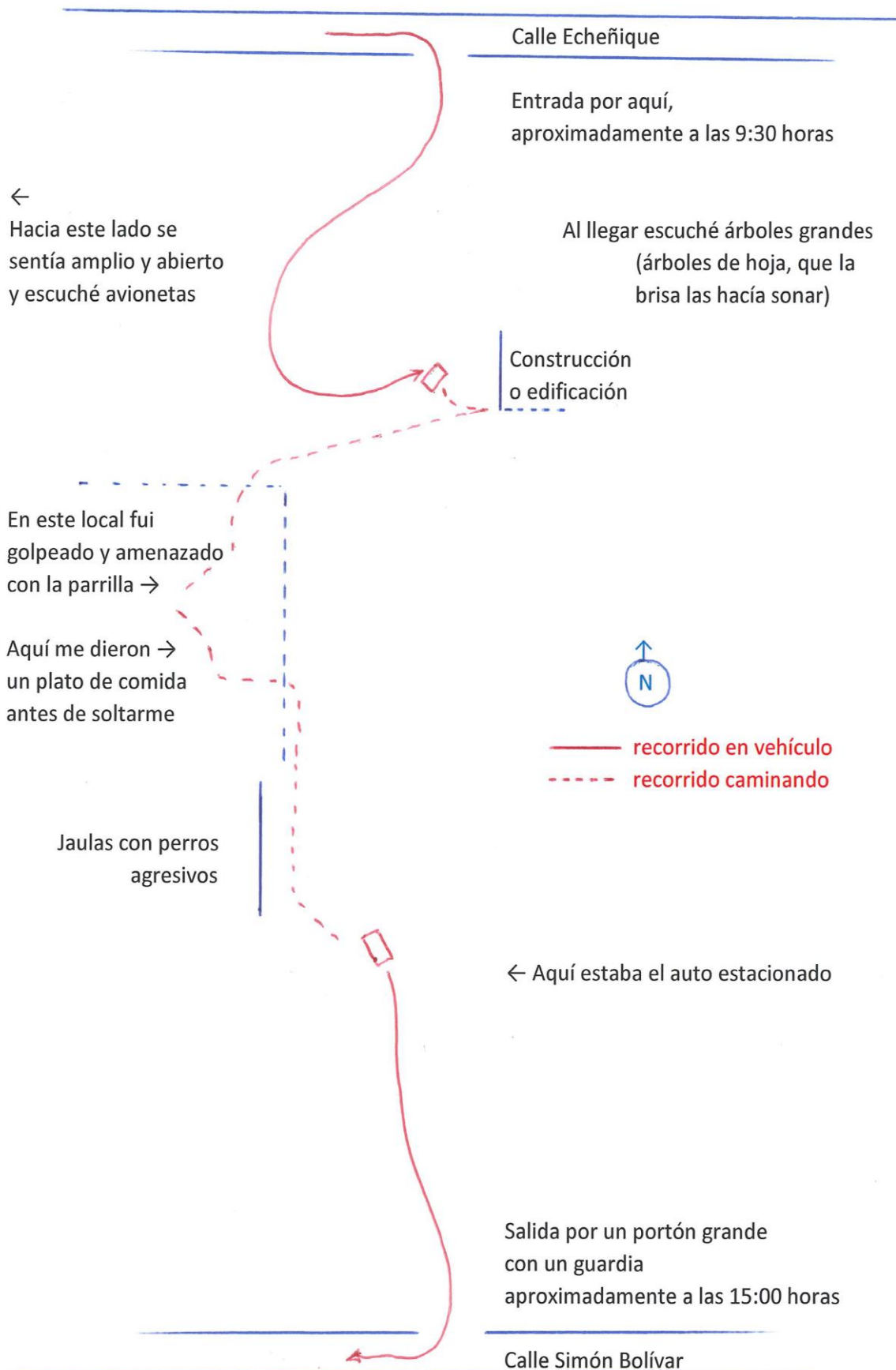
2.

Reconstrucción del cuartel Simón Bolívar a partir del libro *La danza de los cuervos* N ↑

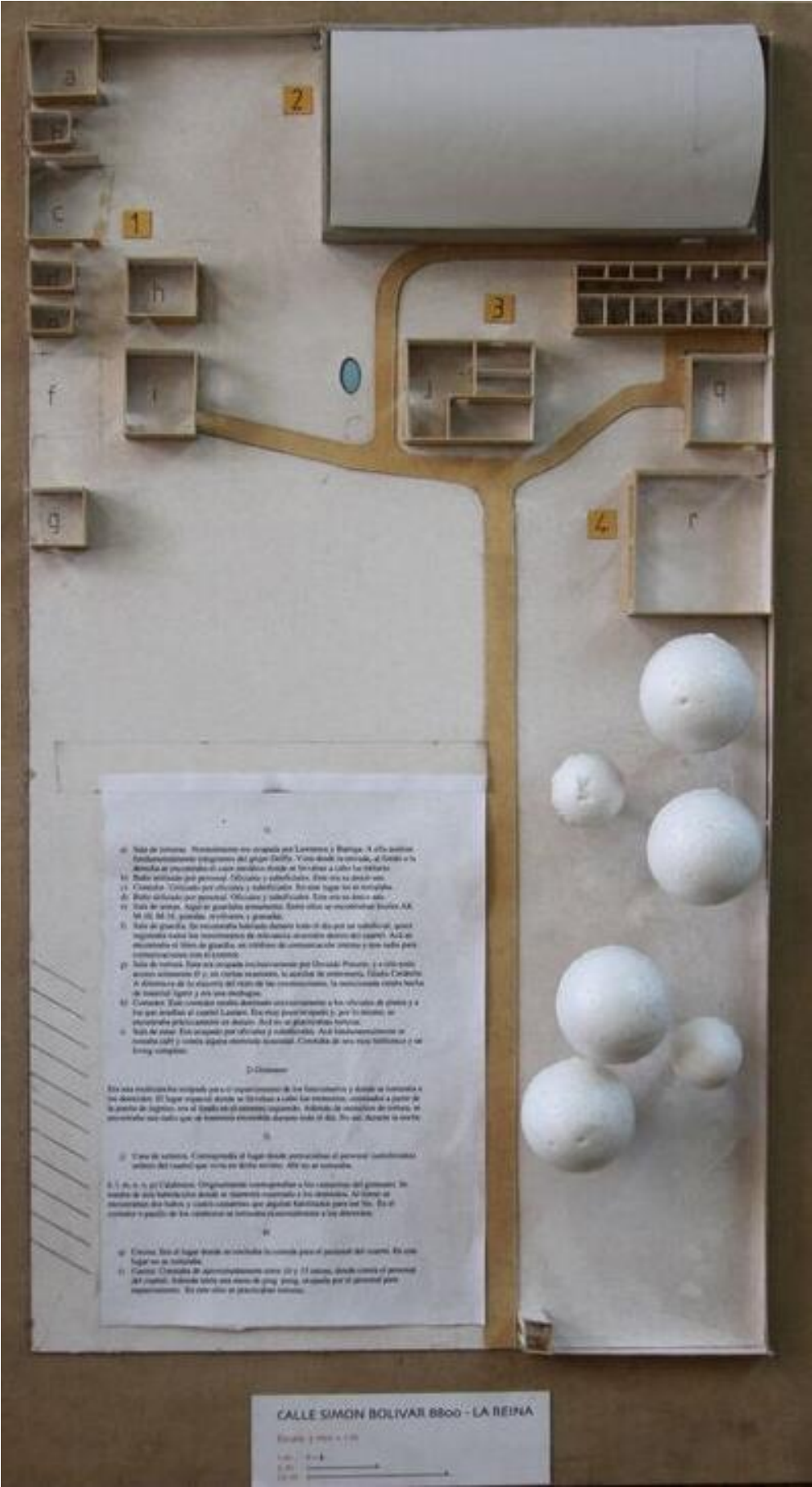


3.

Bosquejo de mi pasada por el cuartel Simón Bolívar el 26 de diciembre de 1976



4. Maqueta Calle Simón Bolívar 8800 – La Reina, elaborada por la PDI en 2007



1)

- a) Sala de torturas. Normalmente era ocupada por Lawrence y Barriga. A ella asistían fundamentalmente integrantes del grupo Delfín. Vista desde la entrada, al fondo a la derecha se encontraba el catre metálico donde se llevaban a cabo las torturas.
- b) Baño utilizado por personal. Oficiales y suboficiales. Este era su único uso.
- c) Comedor. Utilizado por oficiales y suboficiales. En este lugar no se torturaba.
- d) Baño utilizado por personal. Oficiales y suboficiales. Este era su único uso.
- e) Sala de armas. Aquí se guardaba armamento. Entre ellos se encontraban fusiles AK M-10, M-16, pistolas, revólveres y granadas.
- f) Sala de guardia. Se encontraba habitada durante todo el día por un suboficial, quien registraba todos los movimientos de relevancia ocurridos dentro del cuartel. Acá se encontraba el libro de guardia, un citófono de comunicación interna y una radio para comunicaciones con el exterior.
- g) Sala de tortura. Esta era ocupada exclusivamente por Osvaldo Pincetti, y a ella tenía acceso solamente él y, en ciertas ocasiones, la auxiliar de enfermería, Gladis Calderón. A diferencia de la mayoría del resto de las construcciones, la mencionada estaba hecha de material ligero y era una mediagua.
- h) Comedor. Este comedor estaba destinado exclusivamente a los oficiales de planta y a los que acudían al cuartel Lautaro. Era muy poco ocupado y, por lo mismo, se encontraba prácticamente en desuso. Acá no se practicaban torturas.
- i) Sala de estar. Era ocupado por oficiales y suboficiales. Acá fundamentalmente se tomaba café y comía alguna merienda ocasional. Constaba de una mini biblioteca y un living completo.

2) Gimnasio

Era una multicancha ocupada para el esparcimiento de los funcionarios y donde se torturaba a los detenidos. El lugar espacial donde se llevaban a cabo los tormentos, orientados a partir de la puerta de ingreso, era al fondo en el extremo izquierdo. Además de utensilios de tortura, se encontraba una radio que se mantenía encendida durante todo el día. No así, durante la noche.

3)

- j) Casa de solteros. Correspondía al lugar donde pernocaban el personal (suboficiales) soltero del cuartel que vivía en dicho recinto. Ahí no se torturaba.
- k, l, m, n, o, p) Calabozos. Originalmente correspondían a los camarines del gimnasio. Se trataba de seis habitáculos donde se mantenía encerrado a los detenidos. Al frente se encontraban dos baños y cuatro camarines que seguían habilitados para ese fin. En el corredor o pasillo de los calabozos se torturaba ocasionalmente a los detenidos.

4)

- q) Cocina. Era el lugar donde se cocinaba la comida para el personal del cuartel. En este lugar no se torturaba.
- r) Casino. Constaba de aproximadamente entre 10 y 15 mesas, donde comía el personal del cuartel. Además tenía una mesa de ping pong, ocupada por el personal para esparcimiento. En este sitio se practicaban torturas.